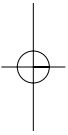
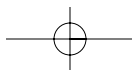


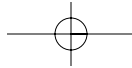
José Luis Brea

cultura_RAM



CIBERCULTURA





CIBERCULTURA

Memoria y conocimiento

Sobre los destinos del saber en la perspectiva digital

Tomás Maldonado

La quinta columna digital

Antitratado comunal de hiperpolítica

Cibergolem

Multitudes inteligentes

La próxima revolución social

Howard Rheingold

Hacer clic

Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales

Carlos Scolari

Internet, la imprenta del siglo XXI

Alejandro Piscitelli

Me llamo Kohfam

Identidad hacker: una aproximación antropológica

Pau Contreras

Creación colectiva

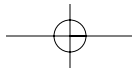
En Internet el creador es el público

David Casacuberta

Género chat

O cómo la antropología puso un pie en el ciberespacio

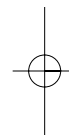
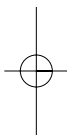
Joan Mayans



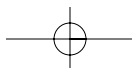
cultura_RAM

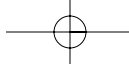
**mutaciones de la cultura en la era
de su distribución electrónica**

José Luis Brea



gedisa
editorial

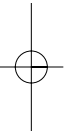




© José Luis Brea, 2007

Ilustración de cubierta: Sylvia Sans

Primera edición: abril del 2007, Barcelona



Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

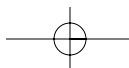
© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9, 1º-1ª
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

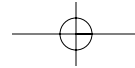
ISBN: 978-84-9784-016-3
Depósito legal: B. 4425-2007

Impreso por Romanyà Valls
Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

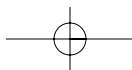
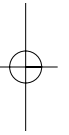
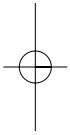
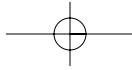
Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

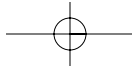




Índice

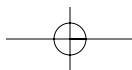
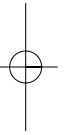
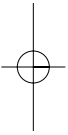
i. :: micrologías ::	9
cultura_RAM	11
e-cK : [capitalismo cultural electrónico]	33
:: futurotopías ::	93
ii. :: mutaciones :: Transformaciones en los dispositivos e instituciones del conocimiento	123
La universidad del conocimiento y las nuevas humanidades	125
museo_RAM. El museo como operador de conectividad	149
La intersección Arte-Ciencia-Tecnología: un territorio estratégico	169
Cambio de régimen escópico: del <i>inconsciente óptico</i> a la <i>e-image</i>	177
RAM_ <i>critique</i> : la crítica en la era del capitalismo cultural	199
RAM_ <i>city</i> (Mil pantallas)	229

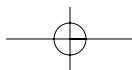
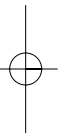
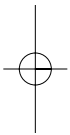
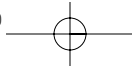




i.

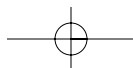
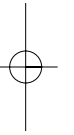
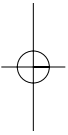
:: micrologías ::

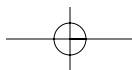
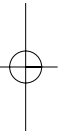
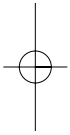


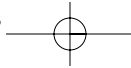




cultura_RAM







cultura_archivo / cultura_red

Cultura_RAM significa: que la energía simbólica que moviliza la cultura está empezando a dejar de tener un carácter primordialmente rememorante, recuperador, para derivarse a una dirección productiva, *relacional*.

Que la cultura mira ahora menos hacia el pasado (para asegurar su recuperabilidad, su transmisión) y más hacia el presente y su *procesamiento*. Menos hacia la conservación garantizada de los patrimonios y los saberes acumulados a lo largo del tiempo, de la historia, y más hacia la gestión heurística de *nuevo conocimiento*; a eso y a la optimización de las condiciones del vivir *en comunidad*, de la interacción entre la conjunción de los sujetos de conocimiento –sometida a grados crecientes de *diversificación*, diferencia y complejidad.

Que ella, la cultura, está empezando a dejar de comportarse como, principalmente, una *memoria de archivo* para hacerlo en cambio como una *memoria de procesamiento*, de interconexión de *datos* –y *sujetos*– de conocimiento.

Acaso habría que decir que el uso aquí de la metáfora de los modos de la memoria propios del ordenador es probablemente algo más que una mera metáfora: quiero decir que, en buena medida, la irrupción histórica de los modos de la gestión de lo cultural por la eficacia de las nuevas herramientas tecnológicas es seguramente –mucho más que una mera metáfora, por tanto– el verdadero factor desencadenante del cambio en el propio sentido de la cultura –que intentamos denotar con la figura de una *cultura_RAM*.

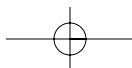
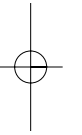
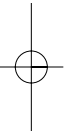
Pero tomémosla por ahora como simplemente una metáfora. Lo que ella intenta ilustrar: que el tipo de memoria que produce la cultura no es tanto una de archivo (y *back-up*, una *memoria de disco duro* para entendernos, ROM en la jerga informática). Sino más bien, y sobre todo, una *memoria de proceso*, de interconexión activa y productiva de los datos (y de interconexión también de las máquinas entre las que ellos se encuentran distribuidos, en red); una *memoria de programa* y procesamiento (la *memoria del procesador*, RAM, de vuelta a la jerga informática) y no más una de archivo; una *memoria red* y no más una memoria *documento*; una *memoria constelación*, fábrica, y no más una memoria consigna, *almacén*.

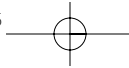
Una memoria que ya no se posiciona y formaliza en singularidades únicas, irrepitibles, que ya no se dice en definitivos *monumentos*, en lugares o escena-



rios *de privilegio*. Sino que, al contrario, se dispersa y clona en todas direcciones, se reproduce y *distribuye* vírica a toda su red de lugares, difundida como onda y eco, deslocalizada en una multiplicidad de no-lugares, hacia los que fluye (y desde los que refluye) activamente y en *tiempo real* –y con la misma lógica de *lo vivo*.

No: ella –la memoria– no es más detención del tiempo, suspensión que corta su flujo para retener y conservar el momento perdido. Sino *dinamicidad* pura y *en curso* que densifica y carga de potencia al *tiempo-ahora*, como nuncio y emblema de su propia fuerza –y el porvenir al que prefigura: el porvenir del sistema que enlaza y arquitraba toda la constelación de los saberes posibles, efectivos, en una arquitectura expansiva que, a cada instante, actualiza su *competencia*, su potencia virtual.





cultura_floppy vs. cultura_google

Cuando se empezó a especular con el potencial cognitivo-cultural de los ordenadores, se pensaba en sus discos duros, en su *potencia de almacén* (toda la enciclopedia británica, se decía, en un único «floppy» de 5 1/4, recuerden). Pasados algunos años ya desde que ese potencial se viene investigando, la nueva gran cualidad atribuida a estas máquinas no se relaciona ya más con las presuntamente grandes capacidades de almacenamiento local; sino más bien con las que el corazón oscuro de nuestra máquina –su procesador– tiene de «interconectar».

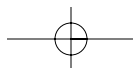
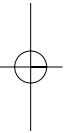
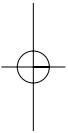
Con la potencia de «interconectar» datos –lo importante ya no es el disco duro, sino la memoria RAM– y usuarios –conectividad, puentes de enlace y apertura a las redes de distribución–. Para entonces, es posible que un cambio fundamental se haya tenido que producir también en el concepto de «cultura». Ella en efecto ya no es principalmente herramienta de almacenamiento y «consignación» patrimonial, archivística, sino sobre todo dinámica, proceso y arquitectura *relacional*, herramienta de interacción y principio de la acción comunicativa.

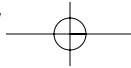
Resultaría muy difícil decidir si ha hecho falta que primero –o tal vez todo ha ocurrido al contrario, estaríamos de nuevo tomando la causa por la consecuencia– se produjera ese cambio antropológico profundo del significado de nuestra idea de *cultura* (que ha hecho posible el emerger de dispositivos de «co-producción» colectiva del conocimiento como wikipedia, la blogosfera o la constelación de herramientas que articulan hoy la *e-ciencia*), para que –sólo luego– pudiéramos darnos cuenta de que el verdadero potencial del ordenador no era tanto «almacenar más en menos», sino algo mucho más decisivo: interconectar y distribuir [la totalidad virtual absoluta de *todos*] los conocimientos existentes, en una dispersión ubicua pero interconectada de lugares sin privilegios, sin cualidades, deslocalizados y homótopos.

¿Alguna vez han soñado las gigantescas naves en que funcionan los motores de búsqueda de google? Allí no habría datos, no documentos, no consignaciones. No habría memoriales acumulados, no archivo alguno. Sino, únicamente, nodos, redes de redes, puertos multiplicados por los que todo entra y sale a grandes velocidades, *flujo*. Incluso debemos empezar a imaginar esas *estancias* como puras arquitecturas virtuales, atópicas, meros lugares transicionales.



Estructuras de interconexión que en realidad lo único que hacen es *darnos paso a su través*: poner en *relación distribuida* la totalidad posible de los contenidos de conocimiento que en las innumerables terminaciones nerviosas de esa red cuasiinfinita constituyen no sólo el origen indagador de nuestras pesquisas, sino también su propio objeto final. A uno y otro lado de esos túneles interminables y sus laberintos cruzados, nuestras *máquinas*...



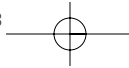


memorias de archivo, memorias de red

Podríamos decir que la diferencia radical de unos u otros regímenes –lo que llamamos *cultura* no es sino un cierto *régimen generalizado de la representación*, una formación sistémica que articula y condiciona los órdenes discursivos, visuales... semiológicos– puede por entero atribuirse a modos diferenciales de los *dispositivos-memoria*. E incluso que la diferencia en éstos podría reconocerse originada en las propias calidades técnicas que les caracterizan –a tales «dispositivos-memoria».

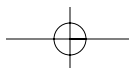
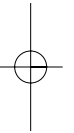
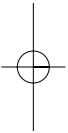
De un lado, aquellos en que la energía mnemónica se *exterioriza*, por el efecto de *consignación* (en el sentido del «depositarse» de un contenido, pero también en el de haberse otorgado «signo») que desplaza y dispone sobre una singularidad determinada el contenido figurado de una cantidad significativa, de una intensidad mental. El efecto que se ha cargado de ella *guarda memoria* del evento o la experiencia asociados, ya bajo la forma del *documento* –si ha adquirido forma textual– ya bajo la del *monumento* –si espacial–. Pero, y en ambos casos, la potencia asociada es siempre recuperativa, rememorante: el presupuesto último es que esa intensidad significada que *se ha puesto ahí* –exteriorizada, *hypomnémica*– puede volver, retornar –al espacio de la vida psíquica, de la conciencia–. Su energía simbólica es fuerza de *resistencia contra el desaparecer* que el curso del tiempo dicta contra todo modo de ser, tanto el de los cuerpos como el del pensar. Es *memoria como resonancia*, eco y retorno, la permanencia difusa en la que afirma inercia de mantenerse –todo lo que hay, todo aquello que existiendo afirma una voluntad de seguir haciéndolo...

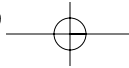
Pero hay otra forma de la memoria –que se articula en otros dispositivos radicalmente distintos, gestores de otras economías y otros regímenes de organización de la disposición simbólica–. La energía que en ellos «pone» esa pregnancia psíquica que produce el pensamiento, la experiencia de un conocer por signos, ya no tiene que ver con las formas de la inercia, de la resonancia, con la rememoración (con la reposición de algo que ha sido consignado en una exterioridad preservada de afección por el paso del tiempo). Sino que tiene que ver con el *efecto de constelación* que cada parte de un sistema proyecta sobre toda otra. Aquí, cada elemento o signo tiene *memoria* y «sabe» de las otras partes porque ello es justamente la condición de «engranaje» con ellas: tanto cada una resuena en las demás como el sistema –el conjunto orgánico de esa red de reciprocidades– lo hace en cada una de las partes, sentenciando las «*valencias*» que



le hacen posible participar ahí, comunicarse. Aquí memoria es *reciprocidad y comunicación*, la resonancia del otro y su diferencia en cada singularidad articulada. Aquí la memoria es tensión y experiencia de red y organicidad, código de intercambiabilidad —y sincronicidad... Es la memoria que el sistema tiene de sus infinitésimos moleculares (es su ADN, su código de organicidad) y la «conciencia» que cada uno de ellos posee de «entenderse» con todo lo otro de esa red en la que circula, por la que *nomadea*...

Si aquella memoria era preservadora, retentiva, ésta es fluida y dinámica; si aquélla ponía identidad y retención, ésta pone diferencia, red y flujo. Donde aquélla era monumento y voluntad de permanecer, ésta no hace sino eco, *diferenciación* y conciencia de otredad, incluso para sí misma. Memoria de *no ser* sino en esa apertura hacia lo otro, hiperenlace activo, diferencia en curso. Memoria como reproducción miniaturizada del sistema al que pertenece (reducción *monádica*: introyección molecular de las infinitas partes que dicen a cada unidad de un sistema sólo como lo que el resto a falta de ella «*no es*») y al mismo tiempo transividad continua, diferencia desplazada, (des)memoria *nómada* y en continuo *devenir*...





fantasmas, sincronías, multitudes...

¿Qué fantasmas hablan –comparecen– entonces en estas *memorias*?

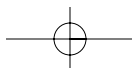
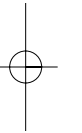
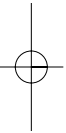
En las de archivo, está claro, eran fantasmas del pasado, presencias de tiempos otros –anteriores– que retornan actualizadas al nuestro. Espectros que nos visitan desde tiempos remotos para entregarnos un saber ya habido (acaso en herencia, como la que obliga a esos «enanos a hombros de gigantes» que este modo de la cultura que se construye sobre *memorias de archivo* nos presupone). Toda *memoria hypomnémica* juega en efecto la fuerza de un conocer que se produce siempre como *anamnesis* –como recuerdo y reposición de un saber «ya tenido», del que es siempre recordatorio, *memento*.

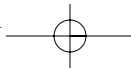
Pero en las *memorias de red* habla sobre todo el tiempo–ahora de la sincronía: el presente, la plena y efímera *actualidad*. Nos hablan los semejantes, los coetáneos, nuestros hermanos de siglo, de instante, de época: todo aquello que copertenece a un mismo tiempo–ahora y levanta como blasón orgulloso los signos de su tiempo, la lengua de su ahora, la afirmación satisfecha de habitar el filo inasible y siempre desplazado del presente, del glorioso y pasajero ahora. Ese *no-tiempo* móvil en que la humanidad tiene su única verdadera casa real, *actual*, todo su reto, ese escenario tan poco domesticable y rebelde, en el que únicamente la juventud se reconoce –como en su hogar propio.

Aquí los fantasmas tienen nombre y orgullo de época, de espíritu del tiempo–presente, sí: pero sobre todo tienen nombre de comunidad, de esa comunidad sin destino fijo (la comunidad de los que no tienen comunidad, habría dicho Blanchot) que atraviesa la historia como abandonada a su suerte incierta en ese filo, absuelta de viejas herencias y enfrentada al abismo de una incertidumbre siempre renovada, que abandona siempre al hombre frente a lo indecidedo, el mundo como *no-todo-lleno* e incompletud. Los fantasmas que hablan allí llevan el nombre de los *otros*, hablan la lengua de *otros*, y la memoria que articula aquí un saber deja constancia del ser multiplicado, de la presencia diseminada y multiplicada, de la *otredad*, de la existencia en simultáneo de los múltiples, de lo diverso, de una conciencia y un saber que sólo lo es si lo es de múltiples: de aquellos *otros* que, decía Duchamp, «son siempre los que se mueren» –pero seguramente porque sólo también eran ellos los únicos que siempre existieron.



Los fantasmas hablan aquí *babel*, lenguas cruzadas y múltiples, y es del *entenderse* (del mutuo y sincronizado *escucharse* hablar) de lo que su parloteo recíproco testimonia: para estas redes, el fantasma que comparece dice comunidad, coexistencia, el fluido entrelazamiento de *los distintos* (quizás de los superfluos) en una economía del conocimiento extendida en *multitud* –acaso en *intelección común*, colectiva, acaso en *humanidad*.





dejá vú...

¿Y no hay fantasmas –que provengan del futuro? ¿No tienen ellos memorias, registros, desde los que hablarnos, en los que depositar su envío?

«Nunca confiaría en una filosofía que no pudiera explicar por qué *es posible* leer el futuro en los posos del café» –escribía Benjamin–. Y a nosotros, crecidos en él, cómo podría interesarnos alguna si no lo lograra. En estas *memorias-red*, distribuidas, consteladas, hablan de continuo los fantasmas de su futuro, de su *advenir*. Ellas dicen una *actualidad* que es justamente proyecto, conciencia de incompleción, *poiesis*, un producir el mundo *que viene* –la comunidad *que viene*.

Todo *dejá vú* dice que ha ocurrido antes –y por ello, también, que *sabe* que ocurrirá después, siempre una vez más–. Como en *Solaris* (el *mar de pensamiento*), como en *2046*, como entre los *precogs* de *Minority Report*, como en Proust, esos arrebatos de la memoria involuntaria son siempre y también *prospectivos*, traen a comparecencia lo incolmado de todo sueño, el deseo de utopía y futuro que atraviesa a toda conciencia lúcida –de la complejidad presente.

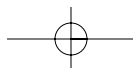
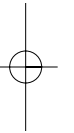
Todo *dejá vú* es, entonces y sobre todo, *querencia de futuro*, es visión del futuro que aparece, por segunda vez en un *antes*, futuro *preterizado*. Como la precomprensión que flota en un poema, en un haiku. Algo que ya se ha entendido para cuando puedan llegar a leerse. Algo que para cuando pueda llegar a ser interpretado ya lo ha sido dos veces.

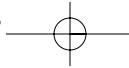
Entre tanto, es ésa la figura que connota este cambio en el modo de ser de la cultura –que designamos con la etiqueta de RAM–. La de una cultura en la que dejan de hablarnos los antepasados (cansinamente empeñados en instruirnos sobre cómo habitar el mundo para lograr parecernos a ellos). Para en cambio convertirse o en esa herramienta mediante la que *inteligimos* el mundo colectivamente o en ese extraño fondo de taza en el que residuos sedimentados de una actividad cualquiera nos traen la voz con la que nos habla precisamente aquello que se dirige a nosotros para lograr que *lo dejemos llegar, venir a ser*.

O, en aforismo masai, que definitivamente «no heredamos la tierra de nuestros antepasados –la tomamos prestada de nuestros descendientes»–. Acaso la cultura haya empezado a dejar de ser la voz con la que aquellos antepasados nos pedían obligarnos a su herencia, para convertirse en la sonda que éstos



ahora –nuestros descendientes– nos envían (como en *Terminator*) en un desesperado intento de *hacerse posibles...* –de evitar acaso que nuestras continuas torpezas les cierren el paso.



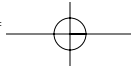


memorias de futuro

Hay una inversión en juego en la operación de verdadero rescate que se cumple en la práctica memorizadora cuando ella es en efecto guiada por la lógica de un genuino materialismo radical: que lo que comparece en su registro no es meramente el pasado, sino la constancia prístina y candente de hasta qué punto él se reconocía incolmado, preñado de anhelo, de proyecto, de un futuro vacío y eventual en que realizarse. Así, no es únicamente el pasado lo que se revisita, sino –y precisamente en la medida en que él es reconocido en toda la intensidad de su conciencia de incompletud– el horizonte del porvenir en que (en aquél) se expresaba todo su *clinamen*, toda su fuerza y voluntad de advenir.

No se trata sólo de que entonces hay en efecto un hilo que atraviesa y enlaza todos los momentos de efervescencia de una historia intensiva –que es la que en profundidad ese materialismo histórico nos movería a bucear– sino de que no tendríamos un verdadero conocimiento del objeto pasado sin reconocerle en ese ansia en que se decía, justamente, su autoconciencia más lúcida –cuando ella hubiera tenido lugar– o la densidad mayor de su arquitectura estructural donde ella se desvelaba necesariamente cargada de futuro, de dinamicidad.

No hay humanidad de la construcción histórica fuera de esa conciencia de incompletud y de esa marca de infinito e incolmable anhelo. Por lo mismo, cualquier operación histórica que no reconozca esa carga de utopía –como precisamente constitutiva del grado mayor de expresión de una especificidad histórica– y declinación percibiría en exclusiva únicamente lo más ralo y vulgar, lo más inespecífico de cada tiempo, de cada *era*. Únicamente la mirada que en el pasado reconoce esa presencia intensiva y distribuida eternamente hacia *el fin de los tiempos* hace justicia a los momentos de la historia en aquello que los ha constituido –y los constituye aún, como intangibles flechas de tiempo– en su más genuino y potente significado, en aquello de lo que ellos son siempre *revelación*.



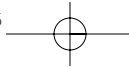
economía_RAM (capitalismo cultural electrónico)

Como quiera que sea, no nos engañemos. Si esto funciona, si se cumple una verdadera *mutación* en la forma que para nosotros adopta esa función antropológica que llamamos *cultura*, ello es únicamente posible porque no es sólo la arquitectura del *dispositivo-memoria* (en que ella ejecuta su «argucia teológica») la que adquiere una forma nueva: también lo hace el entramado que regula y administra el orden social de sus intercambios, su *economía*.

Digamos que también ella deviene RAM, se hace *economía_RAM*. Y ello en virtud de una transformación muy evidente y decisiva: que poco a poco –y al igual que ocurría en el registro de los dispositivos-memoria– ella abandona el territorio del objeto, de la inscripción de objeto (podríamos decir), para articularse en exclusiva sobre el flujo, sobre la distribución red, sobre la pura tensión en línea –en tiempo real– de la libre circulación de los flujos de significancia, inmateriales.

Por supuesto que esto señala un tránsito –que ya es lugar común reconocer– hacia las que se denominan *economías del conocimiento*, economías en las que los procesos de generación de riqueza tienden de modo creciente a centrarse en la producción de conocimiento, cognitiva (y el capitalismo se hace, de hecho, *cognitivo*, cultural). Pero señala al mismo tiempo una transición –no tan evidente– desde las clásicas *economías de comercio y mercancía* (sentenciadas por el intercambio lucrado *de objetos*) a las nuevas *economías de distribución*, economías red, en las que lo único regulable es el *acceso* a los flujos circulantes de cantidades discretas de información, de contenido.

Digamos que esta transición es homoforma (acaso *pantógrafo*) a la que hemos señalado en el registro de los modos característicos de la disposición-memoria: que de hecho es (tal vez) un reflejo del mismo. O dicho de otra manera: que tanto la forma mercancía era una efectuación de un *dispositivo memoria* sobre el sistema de los objetos (forzados a «recordar» su condición de «propiedades» y «portadores» de un valor de cambio), como la nueva economía-red, del conocimiento, se soporta exclusivamente en la regulación actualizada a cada momento de la cantidad de información circulante y los derechos de acceso a ella (moderados por la atribución de su *propiedad intelectual*): es una *economía_RAM*, que constantemente efectúa la *memoria de constelación*, el estatuto relacional del global hipotético de *conocimiento* circulante en cuya coproducción participa la multitud innúmera de los agentes que se comunican ilimitadamente entre sí, en tiempo real, en *tiempo-ahora*.

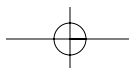


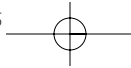
Todavía lo diré otra vez, de un nuevo modo. Que la mercancía –como principio organizador de una economía– era una forma de memoria ROM (recuperativa) y consignada *en objeto* (del estatus de distribución de la riqueza en el mundo, si se quiere) y que la economía fundada en su tráfico –la economía de mercado, de comercio– tenía justamente ese carácter de constante recarga del *valor de pasado* (el *valor de cambio*) en cuanto asignación de propiedad al sujeto social con que cada objeto (*mercancía*) venía siempre (y era el efecto del capitalismo sobre el mundo) sobredeterminado.

En cambio, los actos característicos de las *economías de distribución* –en las que no hay transmisión de objetos–mercancía, sino regulación de los derechos de acceso al *conocimiento* circulante– se verifican ahora bajo la forma de los dispositivos de la memoria RAM, distribuidos y permanentemente actualizados en memorias articuladas en red, activas, en línea: el *valor económico* es ahora y en exclusiva una función de la *potencia de red* que cada elemento o efecto posee, de su capacidad de proyección en la articulación multiplicada los circuitos. En ellos, cualquier operación (de aumento o decrecimiento) relativa a la propiedad (inmaterial, intelectual, cognitiva) se resuelve única y satisfactoriamente en el *conocimiento* de esa operación: y ésta se refiere, por tanto, a la dimensión puramente inmaterial de la propiedad, o lo que es lo mismo, a la propia *propiedad inmaterial* del bien –inmaterial– sobre el que ella se proyecta.

Podríamos acaso pensar que esta *nueva economía* (sin *mercancías*, como la cultura empieza a serlo sin *docu-monumentos*) sólo afectaría a los propios bienes culturales, del conocimiento, en tanto ellos mismos puestos en red, en *presencia*. Ahora bien, esto representaría olvidar la nueva centralidad ocupada por estos procesos de transferencia de conocimiento –en cuanto a la generación global de la riqueza, en las nuevas formas del capitalismo *cognitivo, cultural*–. E incluso, y teniendo en cuenta que el nuevo modo por excelencia característico de la distribución de sus productos se soporta justamente en la eficacia de las redes electrónicas –capitalismo cultural electrónico–. Para entonces, y en efecto, podemos afirmar que esta *economía* no es únicamente ya la propia de lo simbólico, del conocimiento, sino que ella se ha hecho *toda* –o lo que es lo mismo, la economía *tout cort*, devenida *del conocimiento*.

Una economía-red, una *economía_RAM*.





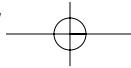
economía simbólica –el nuevo espíritu del capitalismo

Lo que está en cuestión no es ya la lógica propia del intercambio simbólico –ni por supuesto sus relaciones con el deseo o la muerte– sino, y por encima de todo, el hecho de que todo el escenario completo de la economía, en su definición más laxa y elemental, se ha desplazado al propio ámbito de *lo simbólico*. Y ello en un sentido muy preciso: el de hacer de la extensión –e intensión, acaso debamos decir– de toda la vida de lo psíquico el motivo último, *la parte más relevante*, de todo intercambio público reglado.

Pero no se trata sólo de remarcar algo tan simple como que las más productivas de las actividades contemporáneas se sitúen en el ámbito de las industrias de lo simbólico e identitario –las industrias culturales, del espectáculo, el contenido, la información, el entretenimiento, la «experiencia» o el ocio administrado– y ni siquiera de que, además de ello, también las economías ordinarias de incluso los más elementales bienes de necesidad requieran cada vez más cargarse de esa connotación de *simbolicidad*, sino que, aún más, resulta cada vez más flagrante que la misma noción de *mercancía* y su operación sobre el mundo –otrotra como mucho reconocida en tanto que asociada en sus eficacias (y «argucias teológicas») al potencial de la fantasmagoría– se desvela ahora y de lleno en su dimensión por excelencia psíquica.

¿Quiere eso decir que toda la actividad que *mercantiza* el mundo –sea bajo las formas de la propiedad, la producción, el comercio, el consumo...– efectúa operaciones de un orden preponderantemente simbólico? Desde luego. O, acaso, que toda actividad mercantil es *consignación*, puesta en archivo, un acontecimiento que tiene lugar principalmente en una dimensión de inscripción, y es por tanto y primordialmente del orden de la *memoria*...

O diríamos: que no sólo cumple hablar y reconocer un «nuevo espíritu del capitalismo» sino, y sobre todo, empezar a asumir que la operación de encandilamiento del mundo que el capitalismo pone en juego –y ha puesto siempre, pero la evidencia de ello asalta ahora de forma inclemente– sobre *lo que hay* es siempre del orden de su conversión transfiguradora –en puro y mero *espíritu*.



***mind economy*: economías de colectividad**

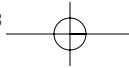
Ahora bien: si hablamos de las *economías de las ideas*, de las economías de la mente, no podemos conformarnos con llevar la exigencia de reconocimiento de la condición de trabajador –en el ámbito de la producción simbólica– exclusivamente al lado del emisor (el «autor como productor» según la lúcida intuición benjaminiana, como siempre anticipatoria). Aquí ocurre que, y necesariamente, también *el lector produce*.

O lo que es lo mismo: que no hay en esta nueva economía mental recepción pasiva, consumo que sea meramente *consumo*. Pues en efecto toda idea –todo conocimiento– se produce de nuevo, y como por segunda vez, en el propio espacio (interior, mental) del receptor donde, y necesariamente, el contenido de conocimiento ha de ser –para conocido, pensado– *re-creado*. Y ello en un proceso que jamás tiene lugar de modo absolutamente idéntico, sino siempre desviado, interpretado, cruzado por una competencia cognitiva diferencial –y por lo tanto *tergiversado* con respecto a su escenario original de producción.

Es así que todo consumo cognitivo es –a la postre– *creativo*, y que todo el continuo flujo de rebotes y circulaciones –que caracteriza el modo de ser de esta producción permanentemente puesta en línea y red, continuamente retroalimentada en un sinfín de ecos y reflujos– es el de una producción cada vez más colegiada y distribuida, fruto de un proceso cada vez más comunitario, más colectivo. Hasta un punto en que la propia noción de autoría –y por ende de propiedad intelectual– se diluye en un proceso participativo de ecos y reenvíos cada vez más amplio y expansivo, para culminar en un efecto de intelección general, de *inteligencia comunada*.

Se diría que en este punto tiene todo el proceso de transformación su piedra angular: ya no sólo porque toda la sostenibilidad de su economía se problematiza en la complejidad fatídica del conflicto creciente que allí anida (entre el derecho de autor y el derecho de libre acceso al conocimiento), sino también porque en ese lugar se anuncia la aparición histórica de una nueva forma de subjetivación comunitarista sobre la que, a la postre, pivota todo el proceso.

Nueva forma de subjetivación que deja atrás –como artífice, no menos que como destinatario– al viejo sujeto individual moderno, ese sujeto singularísimo de la *bildung* que no menos resultaba que producía una formación de la



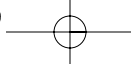
cultura que le tenía como su producción más preciada —y característica—. En su lugar, el nuevo sujeto multitudinario y colectivo que es no sólo el destinatario natural de estas nuevas formaciones de la cultura (distribuida en formatos que propician justamente su recepción «simultánea y colectiva»), sino también el artífice colectivizado y comunitarista de su producción, el gestor de su creación —como tal, creación colectiva.

Digamos: que (1) en su primer giro, la aparición de estas nuevas modalidades técnicas de la producción, gestión y almacenamiento del significado provoca un desplazamiento —ya referido— de la forma de los dispositivos memoria, decidiendo la progresiva sustitución de los viejos modos de las memorias de consignación recuperativas (docu/monumentos) por modos (RAM) de la memoria distribuida, deslocalizada en redes permanentemente actualizadas (post-archivísticas); que, inmediatamente, (2) ello decide el reemplazo de formas de su economía basadas igualmente en la consignación (ROM) de objeto singular (mercancía) por las nuevas economías (RAM) de distribución; y, finalmente (3) que todo ello apunta a un reemplazo progresivo de las formas de subjetivación individualistas —como modos también de una memoria de consignación recuperativa que apunta al pertinaz retorno sobre sí mismo de la experiencia del ser sujeto de consciencia:¹ por tanto como formas ROM del conocer, del ser sujeto de saber— por las formas crecientemente eficientes de intelección colectiva, del saber distribuido, producido y adquirido colectivamente, en una experiencia (como la que traslucen los nuevos dispositivos de cognición colectiva, wikipedia, del.icio.us, la blogosfera, toda la web 2.0) comunitaria, de multitud —que es en definitiva una forma RAM del darse también de la experiencia de saber, del conocimiento, del ser sujeto.

Se diría, sí, que en ese punto tiene todo el giro de las formaciones culturales —de los órdenes que articulan las formas de la representación— su piedra angular, su clave: pero también su más crucial desafío. El que perfila su *paralogismo* más característico y sitúa toda su complejidad jurídica en un escenario de conflicto difícilmente resoluble.

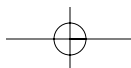
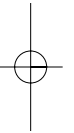
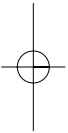
Pues si bien ésta es *la nueva condición del saber*, la forma propia que adquiere la cultura y la propia del darse de su sujeto —y aun de la economía que en esas circunstancias se articula bajo nuevas condiciones— entretanto toda la regula-

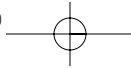
1. Algún «maldito yo» cioraniano, seguramente.



ción del orden jurídico –y en particular la que afecta a la de la propiedad– sigue estructurada bajo los parámetros de privacidad prefigurados por una concepción y experiencia de las formas de sujeción predominantemente individualistas –una concepción y experiencia que la puesta en eficacia de los nuevos modos de organización de la economía y las formas efectuales de la producción y puesta en circulación pública de las ideas y formaciones simbólicas tiende cada vez más a dejar en desuso, a poner en cuestión.

Acaso lo que está en el aire, la pregunta a la que ello obliga, no sea sino la de por cuánto tiempo habrá de mantenerse esa inadecuación flagrante entre los modos de la ordenación jurídica y los desplazamientos ya cumplidos en el entorno de una irreversible transformación de nuestra episteme en el que, apropiadamente, describimos como característico de un *devenir RAM* de la cultura –en lo que ella inapelablemente nos concierne y prefigura.





omnia sunt comunia

La demanda de un *free knowledge*, de una *free culture*,² encuentra fundamento entonces no sólo en una legítima aspiración de extensión del derecho de acceso a la totalidad virtual de la producción simbólica por parte de la totalidad virtual de los sujetos de conocimiento –al fin y al cabo ella constituye su patrimonio, el repertorio potencial en cuya administración ese abstracto general se constituye como *humanidad*–, sino también en la creciente evidencia de que esa *totalidad de la producción simbólica* es ineluctablemente la resultante de un *trabajo de producción inmaterial* de orden colectivo –generador de una *intelección general* fuera de la cual el flujo de información no llegaría a instituirse como genuina irradiación de simbolicidad, fuente de articulaciones de imaginario cargado de potenciales de identificación y reconocimiento.

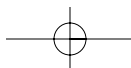
Es ello lo que dota a esa reivindicación –la de un conocimiento libre, la de una liberación ilimitada del acceso a la cultura– de una impredecible *fuerza política*. Que logra ejercerse inmediatamente a través del propio trabajo afectivo-intelectivo –interpasivo– del sujeto de conocimiento y experiencia, para el que ya la mera actuación enunciativo-interpretativa –en lo que contribuye a la formación, resistencia o tergiversación de los imaginarios y narrativas a los que se enfrenta– se verifica ya con esa dimensión esencialmente *política*.

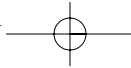
Dimensión que seguramente proyecta su mayor aspiración en el reto de prefigurar modalidades de ecuanimidad –o diríamos acaso mera justicia–³ en cuanto a la participación en los juegos de comunicación en los que se gestan y componen tales narrativas: y ello en fórmulas de apropiación de los *medios* mismos de producción de *esfera pública*, de emisión a ella de la *libre expresión del pensamiento* (en figuras como la de la *comunidad de productores de medios* fantaseada en los usos independientes de la radiofonía imaginados por Brecht, ahora en sueños más verosímiles en las multiplicadas redes de *indymedias*).

En ellos, no es impensable que las *nuevas economías* se abran a una lógica cooperativa y *comunitarista* (casi a un *comunismo del conocimiento*) que vea crecer el

2. Tomo el término aquí del título del manifiesto redactado por Lawrence Lessig, el promotor de las licencias *creative commons*.

3. En lo que su enunciado nos recordaría a la formulación de la noción de «posición de partida» en la *Teoría de la justicia*, de John Rawls.





valor, la riqueza, no en nombre de la largo tiempo mantenida lógica de la *escasez* —y tampoco en una lógica *competitiva* basada en la esencia de las economías de la consignación: que lo que es poseído por uno no puede materialmente serlo por el otro—, sino más bien en una *economía de la abundancia* —que en el ámbito del conocimiento y las economías-red sí es sin limitaciones pensable: pues aquí el pasar a ser poseído el bien *por otro* no implica desposesión *del uno*, sino, acaso al contrario, enriquecimiento de ambos.

Puede que bajo la dinámica de esa *nueva economía* del conocimiento compartido (en la que el valor crece no en proporción a la escasez, sino al contrario en proporción a la abundancia) vuelva a hacérsenos cercana «la dicha que, semejante al sol de la tarde, hará don incesante de su riqueza inagotable para verterla en el mar, y que, como él, no se sentirá plenamente rico sino cuando el más pobre pescador reme con remos de oro. Esa dicha divina se llamaría entonces: humanidad».⁴

Acaso, es de esa *humanidad* precisamente de la que viene a hablarnos —con voz aún titubeante— esta naciente nueva forma de la cultura: nuestra *cultura_RAM*, la que ahora seguramente ya habitamos como, al mismo tiempo, *casa* y *destino*, ahora y esperanza.

4. Friedrich Nietzsche, *La Gaya Ciencia*, 1882.

